

Los cafés del puerto de Veracruz a fines del siglo XX: una etnografía*

JUAN ANTONIO FLORES MARTOS**

Veracruz es una ciudad francesa por las costumbres, española por la construcción y poblada de mulatos. Entre ella y las ciudades del interior hay disparidad de raza, de costumbres y de ideas.

LUCIEN BIART, 1846¹

Un amigo definió Veracruz como un palo de chachalacas a las seis de la tarde, y ha sido la mejor definición que he escuchado sobre Veracruz.

FRANCISCO VILLAGÓMEZ

CADA VEZ QUE REGRESO a pasar unos días a Veracruz, no dejo de visitar y pasar tiempo en los cafés; allí me encuentro con los amigos que hice veinte años atrás, allí extraño las horas de soledad disfrutadas, pero también de plática y entrevistas grabadas entre ruidos de fondo, yuxtaposición de sonidos y polirritmias improvisadas. Allí me reencuentro con aromas y sabores que siguen componiendo mis gustos—el café lechero con las canillas, unos huevos tirados—. Las dos Parro-

* Estas páginas quieren rendir un homenaje a la memoria de Francisco Villagómez, hombre del café y periodista veracruzano, a través de quien comprendí mejor las razones y placeres que hacen a la gente acudir a los cafés en Veracruz. Agradezco a mi amigo y apoyo en mi investigación en Veracruz desde hace casi treinta años, Horacio Guadarrama Olivera, el cuidado en la edición de este ensayo.

** Dirigir correspondencia al Departamento de Filosofía, Antropología, Sociología y Estética, Facultad de Ciencias Sociales de Talavera de la Reina, Universidad de Castilla-La Mancha, avenida Real Fábrica de la Seda s/n, 45600, Talavera de la Reina (Toledo), España, tel. 925 72 10 10, ext. 5629, email: juanantonio.flores@uclm.es.

¹ BIART, 1959.

quias y La Merced² siguen siendo parte de mi rondín cuando estoy en el Puerto, y cuando estoy en la ciudad en que vivo a miles de kilómetros, no deja de admirarme cómo, a pesar de los cambios realizados —arquitectónicos, formales o estructurales—, continúan siendo espacios centrales de relación social, de creación y afirmación cultural en Veracruz. Pero mi vuelta a los cafés es también un encuentro con las significaciones, a esas que en buena medida, en los tiempos actuales y globalizados, se acceden, negocian y usan en los foros, las herramientas y las comunidades virtuales de internet. En vez de participar o asistir a un taller virtual de “escritura creativa” o de teatro por la red, en el café las personas de Veracruz y los turistas, los embarcados y forasteros que recalcan por un rato en ese Puerto —que también es un refugio de perdidos— continúan con tozudez compartiendo un espacio concreto. En esos sitios tienen la posibilidad del disfrute material, encarnado, de un teatro social codificado pero con amplio margen para la improvisación, de un imaginario vivo y un contexto para el intercambio de miradas, dramas y performances, de historias y cuentos con los que ponen sabor a sus vidas, en compañía de un buen café.

INTRODUCCIÓN

Resulta sorprendente la existencia de tan pocos trabajos de investigación y la escasez de textos publicados sobre uno de los lugares considerados como de los más tradicionales de la cultura urbana de Veracruz, que mejor expresa la singularidad del modo de ser jarocho y que condensa algunas de las claves de eso que suele denominarse “identidad veracruzana”: los cafés del puerto de Veracruz. Me refiero no sólo a los espacios físicos que los residentes o visitantes pueden identificar empotrados en las calles más céntricas de la ciudad, sino sobre todo a los ambientes, al original cultivo de

² En mayo de 2020, como resultado de la crisis sanitaria por el coronavirus SARS-CoV-2, el dueño del café La Merced, Aurelio Ibáñez Rodríguez, anunció el cierre temporal del negocio, pues los bajos ingresos que ha tenido, dijo, no le permitían ya pagar la renta, la luz, el agua, los impuestos y los sueldos de los más de 40 empleados que ahora se quedarán sin trabajo. En febrero de 2021 este tradicional café hubiera cumplido 60 años de existencia. Véase, entre otros, Alejandro Morteo, “Cierra Café La Merced en Veracruz por la pandemia del coronavirus”, *El Dictamen*, 30 de junio de 2020 [<https://www.eldictamen.mx/noticias-de-veracruz/boca-ver/cierra-cafe-la-merced-en-veracruz-por-la-pandemia-del-coronavirus/>].

cosas importantes para quienes viven en un territorio civilizado y con una convergencia de individualidades: escenarios para la exhibición y concierto de relaciones sociales, de gustos particulares, de modos de comunicar y emplear el habla que fluctúan entre la convención y la creación.

Podemos encontrar alguna escueta reseña histórica, algunas crónicas sobre el origen y evolución de uno de los más afamados cafés veracruzanos, pero por alguna poderosa razón los investigadores sociales han obviado destinar energías y esfuerzos al análisis de esos mundos únicos que son estos cafés —tan festejados y mencionados en los discursos públicos, como desconocidos para la teoría social y la etnografía.

Como antropólogo quisiera contribuir con estas páginas a la comprensión social y antropológica de lo que pasa dentro, pero también en el inmediato afuera, de los cafés del Puerto, así como evidenciar qué sentidos tiene para las gentes *ir al café*. Me centraré en los cafés del centro de Veracruz, en los que hice observación y realicé entrevistas durante mi trabajo de campo en los años noventa del pasado siglo XX, en concreto entre 1993 y 1997, como parte de la investigación que culminó en mi tesis doctoral y en mi libro sobre la ciudad.³ Al hablar de cafés céntricos, me refiero a aquellos que quedaron dentro de la antigua muralla defensiva —la derribada en 1880 y hoy inexistente— o inmediatamente adyacentes a la misma. No aludiré a otros cafés más periféricos, ubicados en el bulevar o en fraccionamientos residenciales del sur de la ciudad (El Gaucho, Becari, Café Andrade), o aquellos pertenecientes a cadenas o franquicias (Bola de Oro), con una clientela menos heterogénea y una ubicación social más definida.

Tras muchas horas y meses de garabatear notas de otros y propias, y de participar en múltiples y heteróclitas pláticas, en la escucha de innumerables historias y *cuentos* de café —una categoría nativa que canibaliza las formas y sentidos de la mentira, la ficción literaria y el mito— interesantes, ingeniosos y aburridos, en los cafés de la ciudad, dispongo de los materiales suficientes para esbozar una etnografía de los cafés del Puerto. En ésta concedo un lugar privilegiado a cómo experimentaban el ambiente del café algunos de los “cafetómanos” a los que grabé en las entrevistas,

³ FLORES MARTOS, 2004.

a quienes tuve la fortuna de contar como informantes. Un buen número de ellas fueron charlas de café, en más de un sentido:⁴ por su contexto, por la sustancia que degustábamos y activaba nuestra mente y habla, por el desarrollo y zigzagueo de contenidos, por la forma y género abierto de la plática de café —repleta de interpolaciones y excursiones narrativas, y con marcada orientación hacia la demostración humorística y de ingenio de los participantes—, que interesada o descuidadamente acabábamos mimetizando a lo largo de la entrevista. Estas conversaciones las sostuve, sobre todo, en el café de La Parroquia (en sus dos sedes), pero también en el café de La Merced, en el café Catedral y en el Gran Café del Portal.

Durante mi investigación, me convertí en cliente frecuente principalmente de los dos cafés de La Parroquia: el “abierto” (o “viejo”) y el “cerrado” (o “con clima”), situados ya en la misma manzana y a pocos metros uno del otro, pero también del café de La Merced. Mi constancia por un establecimiento, la elección de un área, e incluso la hora del día elegida, influyeron en que tuviera el privilegio de ser “tenido en cuenta” por el mesero al que se le había encomendado el servicio de esas mesas en un turno determinado, y así pasé a recibir mi café lechero chico con relativa rapidez y amabilidad, a no recibir la carta de consumiciones e incluso a confirmar con ese mesero, desde lejos y con una seña, una petición acorde con “mi” gusto, convertido en previsible e invariable en este escenario (“un café lechero chico”, señalado por mi mano derecha con el acercamiento del índice sobre el pulgar). A pesar de esto no consideré a alguien como “mi mesero”, como sí lo hacen los asiduos a estos lugares, y sólo en los últimos meses mantuve una conversación, complicidad y trato más próximo con un mesero del café La Parroquia “cerrado”, y acabé buscando sentarme en alguna de las mesas que él atendía.

No llegué a formar parte de una *peña* o tertulia formal de ningún café, aunque fui presentado a los integrantes de algunas e invitado a compartir conversación y café en sus mesas. No me gustaba la idea de sistematizar mi ida al café (en un día y horario determinado de la semana), como queda

⁴ Pido al lector un esfuerzo adicional por aparcar el prejuicio intelectual que la cultura e idioma español parece haber depositado en la expresión *de café* como sinónimo de superficial y banal, algo paradójico si consideramos la deuda —creativa y expresiva— contraída durante los dos últimos siglos en el ámbito iberoamericano con estos singulares espacios, los cafés.

reglamentada en las peñas, sino más bien prefería acudir solo o con amigos e informantes, de forma no planificada, y luego deambular por si estaba alguien conocido y sumarme por un tiempo al “ambiente” y la conversación particular montados en esa mesa. Entrevisté por separado a determinados integrantes de estas peñas de café, destacando sobre todo a dos personas: Gerardo García, *el Flaco*, y el Yuca, cuyas vidas y actividades transcurrían en una proporción considerable en el café de La Parroquia y el café de La Merced, respectivamente, participando de varias mesas y peñas a lo largo del día.

Quizás el lector detecte un tono nostálgico al referirme a unos cafés del pasado que ya no volverán,⁵ a algunas de las personas que los frecuentaban que ya no están con nosotros, pero también debe advertir que aunque en nuevas ubicaciones, con nuevos formatos y reglamentaciones, los cafés que los residentes y forasteros pueden disfrutar en la Veracruz de 2020 siguen manteniendo mucho de la peculiaridad de esos sitios como espacios de relación social, de disfrute y expresión de gustos y emociones, de creación cultural y de encuentro de gentes.

DE LOS ORÍGENES Y DE CÓMO LA PARROQUIA SE CONVIERTE EN “EL CAFÉ” EN VERACRUZ

Por mi padre he sabido que el furor por el café de La Parroquia como ombligo del mundo es muy reciente. En las primeras décadas de este siglo, los porteños tenían diversos sitios donde tomar café y con más fama que La Parroquia: El León de Oro, Ambos Mundos y el 5 de Mayo. Por los años funestos del tejedismo casi todos tuvieron que cerrar sus puertas y el que al final prevaleció por su buena ubicación fue el que es ahora de los Fernández [...] La Parroquia del Malecón, reducto final y todavía unido a la matriz, es junto con el Café Catedral y La Merced simples

⁵ Un amigo investigador sobre el Puerto, Horacio Guadarrama, expresaba así los cambios experimentados por esos cafés hasta el presente: “Desde que tú estuviste a la fecha hubo una transformación de los cafés en el Puerto: se volvieron (para mal, en mi opinión) digamos más *nice* e ‘impolutos’, es decir, menos populares, ahora es difícil ver en ellos un bolero, un trabajador o un vendedor ambulante, los corren casi a patadas, e incluso, con la exacerbación de la violencia, y aun antes, han puesto policías particulares en las entradas, es una cosa digamos sutil para los extranjeros, pero uno lo nota y lo contrasta con los cafés de antes [...] Si acaso el café que está por el pasaje, ése que desemboca enfrente del parque Zamora [Café Catedral], ha mantenido cierto ‘aire’ del pasado”. Entrevista a Horacio Guadarrama, Veracruz, Ver., noviembre de 1996.

apéndices del “tradicional original y único”, pues encuentra uno lo mismo en cualquiera de los cuatro, sin que se pueda destacar la limpieza ni la atención en ninguno de ellos.

ANÓNIMO, s. f, p. 28.

El modelo cultural e influencia estética que está en los primeros cafés que llegan a México, y concretamente a Veracruz, es claramente francés, así lo recogen tanto Díaz y de Ovando⁶ como Córdova Santamaría.⁷ Esta última autora señala que los dueños de los primeros cafés del puerto de Veracruz y de la Ciudad de México fueron franceses e italianos, y también refleja el carácter polivalente de esos primeros establecimientos, que funcionaban también como fondas, neverías, cantinas o vinaterías.⁸ No sólo se disputaron en estos cafés inmobiliario y decorados análogos a los europeos, sino quizás de modo más importante, estos lugares sirvieron para albergar actividades sociales que encontraron un espacio privilegiado también en los cafés europeos, como reuniones de negocios, celebraciones políticas, lectura de periódicos, entornos para el despliegue de la creación literaria, etcétera.⁹

Como transmite las memorias de un veracruzano en el fragmento que abre esta sección, el café de La Parroquia se ha convertido probablemente en el más conocido y modélico de los cafés de la ciudad, aunque en el pasado existieron otros más importantes y frecuentados, teniendo probablemente más que ver con ello su estratégica ubicación original frente a la puerta de la catedral, que el servicio prestado a la clientela. Centrar nuestra atención en el café de La Parroquia se justifica por considerársele como paradigma de “el Café” por excelencia en el Puerto y por la gran influencia ejercida en el estilo de llevar los demás cafés locales, siendo en buena medida imitado por otros, como el café La Merced, o el Café Catedral. Pero también supone situarlos como una creación “española” y vincularlos con la colonia hispana en el Puerto,¹⁰

⁶ DÍAZ Y DE OVANDO, 2000.

⁷ CÓRDOVA SANTAMARÍA, 2002.

⁸ CÓRDOVA SANTAMARÍA, 2002, p. 45.

⁹ CÓRDOVA SANTAMARÍA, 2002, p. 45.

¹⁰ “La importante y vieja colonia española, establecida en el puerto desde épocas coloniales, vivía en la amplia zona del centro cercada por los muros grisáceos y defendida por los baluartes que se terminaron de construir

6 VERACRUZ.

Dulcería y Repostería "La Parroquia."

Calle de la Independencia, esquina & Vicario 9

de M. Fernandez y Ca., Veracruz.

Surtido de Vinos y Licores.

Helados Napolitanos y de Frutas.

LA PARROQUIA

En este acreditado establecimiento fundado en 1881 se confeccionan en su jugo Peras, Fresas, Mangos, Zapote, Domingo, Albaricoques, Guayaba, Sarzamora y Durasnos. Se preparan Pastas y Jaleas de [varias frutas y todo lo concerniente al ramo de dulcería.

Se hacen Torres, Fuentes y piezas montadas á todo capricho y todo lo concerniente al ramo de repostería.

NOTA.—Se dan servicios á domicilio y los pedidos al por mayor se despachan con puntualidad.

Ventas Por Mayor y Menor.

Independencia 1187. Tel. 32-25-84. Veracruz, Ver.

Nomenclator: Comercial, agrícola, industrial, artes y oficios y directorio general, México-Isla de Cuba, 1884-1885. Archivo particular. Blanca Margarita Torres Rodríguez Biblioteca y Archivo Históricos de Veracruz.

IMAGEN 1. Viñeta de la década de 1880 anunciando la dulcería y repostería La Parroquia, que estaba ubicada en la esquina que hacían la calle Independencia y Vicario (hoy Mario Molina).

FUENTE: *Nomenclator*, 1884, p. 14.

especialmente desde el siglo XIX. Los cafés de Veracruz son entendibles únicamente desde el análisis de la red de familias españolas que en algún momento del pasado estuvieron vinculadas al café de La Parroquia.

justo cuando se acababa la piratería. Dicha colonia mantuvo allí su residencia hasta entrado el siglo XX. Gracias a estos residentes acomodados y a los muchos visitantes que llegaban a sus muelles se estableció una de las 'actividades' recurrentes que se convertiría de una manera indiscutible en signo de identidad del puerto: el tomar café [...] Pero no todo el mundo asistía antaño a tomar café. Desde luego que se trataba de una costumbre muy ligada a los visitantes del puerto y a los sectores pudientes. Durante el porfiriato fueron ellos los más beneficiados por dicha tradición cuando el contacto con puertos europeos y americanos permitió el afrancesamiento y el 'anglosamiento' hacia los confines de la República". PÉREZ MONTFORT, 1996, pp. 206-207.

Existe una reciente —y poco documentada— obsesión por remontar a una fecha cada vez más antigua el inicio de este café, generando una historia, interesada y oficial, que establece su creación hace más de dos siglos atrás. Así, no se tiene inconveniente en querer hacer pasar por este café a establecimientos diversos como pulperías (1808), neverías o dulcerías y reposterías,¹¹ sitios todos ellos que aun sirviendo café a la clientela, con toda probabilidad no reunían el ambiente, las características y, sobre todo, no era núcleo de las relaciones sociales presentes en los cafés porteños objeto de mi análisis. Parece que no es sino hasta los años veinte del pasado siglo XX cuando podemos hablar del café de La Parroquia con un formato análogo al actual. Es entonces cuando el café experimenta una importante reforma, y en 1926 se adquieren y toman asiento en el mostrador las dos cafeteras italianas fabricadas en Turín —*Torino Express*, elaborada por Mattei & Bartolini—, constituyendo desde entonces un referente y símbolo importante de esa cafetería. Desde ese año el café de La Parroquia ha estado en manos de la familia Fernández, de origen español.

Para caracterizar y comentar el estilo de llevar el establecimiento, y en particular por don Fernando Fernández, mis informantes, sean o no de la colonia hispana, recurrían a los adjetivos de “familiar”, “clásico” y “particular”; además de acumular un buen número de ejemplos y detalles que hablan de la tolerancia, permisividad y respeto a la diferencia y gustos individuales que han presidido el ambiente del café. La Parroquia ha dado la pauta de los tipos de café que han surgido o tenido éxito en la ciudad, aunque fuera de esta corriente queda la preferencia que entre la clase media y alta ha tenido el Café Andrade abierto del bulevar y sus sucursales en otras partes de la localidad.

El café de La Parroquia “matriz” (el inicial y más antiguo) estuvo localizado —y ahí continúa en el imaginario veracruzano al hablar del café y la ciudad del pasado— en una esquina de la Plaza de Armas o zócalo, en la confluencia de la avenida Independencia con la calle de Zamora, y fue trasladado el 29 de noviembre de 1994 nominal (su razón social), simbólica (sus

¹¹ Bernardo García Díaz indica que “El Café de la Parroquia ya aparece en los directorios comerciales del último cuarto del siglo XIX, como Dulcería y Repostería fundada en 1881 por M. Fernández” (GARCÍA DÍAZ, 1993a, p. 263). En la publicidad de la época no se menciona al café como producto ofrecido en este establecimiento.



IMAGEN 2. El café de La Parroquia hacia mediados de la década de 1930. Fuente: GARCÍA DÍAZ, 1992, p. 263.

dos viejas cafeteras italianas) y en cierto sentido físicamente (en cuanto a la recreación de “ambiente” y clientela) a su actual ubicación, en el Paseo del Malecón, concretamente a la esquina de Insurgentes Veracruzanos con Gómez Farías. Con anterioridad a este cambio, propiciado por el fallo judicial definitivo de una larga y alambicada disputa familiar, ya existía otro café de La Parroquia en el Paseo del Malecón (el conocido coloquialmente como La Parroquia del malecón, o abierta), regentado por un hermano del propietario del café “matriz”, que sigue en funcionamiento a pesar de hallarse en la siguiente esquina de la misma manzana, a menos de 50 metros de la primera Parroquia.

El argumento que intentaré desarrollar en esta etnografía del café La Parroquia es que sus aspectos significativos, los mismos que componen su haz de sentidos como construcción y experiencia cultural original (en ambiente, espacio, tiempo, gusto, mito y ritual), se cruzan en un café desterritorializado en la memoria y la traza urbana, en un café *imaginario*, sobre el que los veracruzanos proyectan esbozos y reflexiones acerca de identidad y singularidad —en un café “de españoles”, y con turistas y fuereños en sus mesas—, manufacturando una parte de sus mitos contemporáneos y llegando a expresar una teoría (nativa) propia de lo

social. Una de las expresiones más utilizadas por mis informantes y en fragmentos periodísticos locales para calificar el entorno de La Parroquia es la de que allí hay “un ambiente familiar”, sobre todo al contraponerlo con los ambientes perceptibles en otros escenarios de la ciudad, como los bares de Los Portales, las cantinas o incluso otros cafés y restaurantes. Este establecimiento no es elegido por su clientela para “ir a tomar” (bebidas alcohólicas), entre otros motivos porque sólo sirven bebidas de baja graduación, cervezas a altos precios, siendo éste un factor de peso (la ausencia o limitación de bebidas embriagantes) en la calificación de su ambiente como “familiar”. Además, este café, sobre todo en fines de semana y días festivos, se convierte en uno de los locales preferidos por las familias de clase media de la ciudad para ir a desayunar o merendar.

Don Ricardo Ruiz, un abogado veracruzano de edad madura que trabajaba en Ciudad de México y que regresaba cada fin de semana al Puerto, me relataba así su hábito de acudir sábados y domingos con su familia a La Parroquia:

Viernes con viernes, siempre que salgo yo del Distrito Federal, vengo con la idea de venirme a tomar un café a La Parroquia, independientemente de ver a mi familia que radica en Veracruz, entonces pues vengo, me tomo un café, disfruto del café, disfruto con mis hijos. Siempre vengo en familia, por lo general el sábado siempre vengo con mi hijo Raúl o con su hermana, invariablemente, o con los dos, entonces platicamos de lo que ha transcurrido en la semana. Y el domingo, siempre solemos venir todos: viene la mamá de Raúl, viene la hermana, viene la novia de Raúl, Ileana, viene Roxana, su hermana, y pues la pasamos aquí el domingo, y ya después de que desayunamos empezamos a platicar cosas.

Los negocios y la imagen pública se hallan entrelazados en el mundo de este local. Es común escuchar o leer en Veracruz que en “el Café” (uno de los modos de referirse al café de La Parroquia) se hacen grandes negocios y tratos, que luego son cerrados y festejados en los bares de Los Portales con una copa (sobre todo en el pasado, cuando Los Portales quedaban a la vista de las mesas de este café).

Atendiendo a conversaciones, textos de prensa y discursos más formales, el café es presentado bajo la retórica de la mezcla y contaminación social, apoyada en señales como el saludo y el reconocimiento manifes-

tados por el parroquiano, o en los “baños de pueblo” que las figuras de la política local, estatal o nacional se dan en el café de La Parroquia (en el consenso de que es el “pueblo” el que habita o transita por este establecimiento). Cualquier entrada o salida del café conlleva una serie de saludos y formalidades con los conocidos sentados en diferentes mesas o que pasan cerca, que el sujeto se va encontrando en su trayectoria. Según mis informantes, existirían en el café unos modos escénicos de “ser popular”, que consisten en ir de mesa en mesa, saludar y conversar con los conocidos, amigos y familiares, sentarse un rato con ellos a convivir, para luego volver a la mesa inicial o en el trayecto platicar con personas de otra mesa. Así, ese *saludar a-todo-el-mundo* (incluso al bolero) que posibilita este marco de supuesta democracia que es el café, constituye la expresión sensible del carácter veracruzano, de la “sencillez” de un aspirante a la política, y de la popularidad y reconocimiento social de alguien. Habituales del café, cronistas y periodistas destacan el uso político que todos los presidentes de México han hecho de este café del Puerto, tomándolo como el templete ideal para darse un “baño de pueblo”.

LO QUE SE HACE EN EL CAFÉ

Una primera aproximación desde una observación sistemática e inmersión en el café supone encontrarse con las reglas y lineamientos de la mesa, del buen tono social, del *convivio* moderado en torno a una mesa, los negocios y tratos concertados por quienes hacen de la cafetería una prolongación de su oficina o despacho —o la convierten en su oficina misma—, y las pláticas sosegadas e ingeniosas que forman parte también de la vida social de Veracruz. Pero entreverados con estos rasgos son perceptibles los ruidos, las disarmonías musicales, los gritos y onomatopeyas en el saludo y habla, las palabras groseras y *mentadas* —generalmente afables y cariñosas— entre los parroquianos, entre otros elementos que evidencian un lugar para algunos excesos y ciertos desórdenes formales, si bien bastante reglamentados.

¿Cuál es la actitud de los parroquianos que van a diario al café? Esperar a que la vida, los negocios, las visitas e invitaciones de la *gente conocida* de Veracruz, los cuerpos y estéticas atractivas y estrafalarias de gabachos,

fuereños, y los “locos” y “personajes” circulen y pasen, o que se detengan durante un tiempo en el café, mientras que los vendedores ambulantes les surten de todo aquello que puedan necesitar (periódicos, tabaco, calcetines, billetes de lotería o boletos de la clandestina “bolita yucateca”, lustrarse los zapatos); todo, sin moverse de su mesa.

¿Pero quiénes van al café de La Parroquia? Si uno hace caso de los comentarios de los jarochos, y en especial de los frequentadores de este local, este lugar es lo más parecido al hogar del pueblo veracruzano —accesible y frecuentado con asiduidad—, un espacio “popular” donde se puede palpar y ver la convivencia democrática entre individuos de las clases acomodadas, políticos, empresarios, profesionales, y personas de otra gama de oficios y actividades más humildes e informales, como meseros, vendedores de billetes de lotería, boleros (limpiabotas), vendedores de periódicos y artículos variados. También sostienen dicha afirmación los artículos de prensa, las crónicas históricas y literarias locales referidas a La Parroquia y, por supuesto, los folletos turísticos y publicitarios que anuncian los atractivos del puerto de Veracruz. El siguiente fragmento refleja esta imagen difundida de la “democracia del café”, de conversación y mixtura social:

Aquí, en el siempre alegre puerto jarocho, todos nos entendemos con todos, aquí no existe aquello de la élite, pues lo mismo conversa el obrero con el banquero, que el campesino con el oficinista, el billettero con algún gerente administrativo o el betunero que se mete a la plática que usted sostiene con alguno de sus amigos. En esos benditos cafés, lo mismo alterna el marino de la Armada de México con el profesional, ya sea doctor, químico o simplemente licenciado. Ahí en los cafés, el señor general se gasta guasas con el papelero que llega a venderle el periódico [...] En Veracruz, los apodosos convierten a la gente en ciudadanos de carrera con títulos de ilusión.¹²

La observación continuada en La Parroquia me llevó a constatar, en cambio, que no “todo el mundo” en Veracruz, y mucho menos una generalización como “el pueblo veracruzano”, cabe en este café. Más bien nos encontramos en un escenario de clases medias, lugar de encuentro y reunión de profesionistas (médicos, ingenieros, abogados, contables, notarios),

¹² LORENZO CAMACHO, 1994, p. 69.

comerciantes, de las *personas conocidas* y de la oligarquía del puerto de Veracruz. Charo Ochoa Rivera reaccionaba ante este discurso hegemónico “popular” y “democrático” acerca de La Parroquia, y me comentaba que se había dado cuenta de que la gente del pueblo casi no entraba a este café, que es un lugar donde acuden, aparte de turistas, personas del estrato medio-alto. Según ella, a la gente del pueblo la puedes ver parada comiendo tacos en los puestos de la calle, pues con lo que cuesta un café pueden comerse una orden de tacos y un refresco en esos expendios.

Los discursos ciudadanos señalaban que es en La Parroquia donde es posible degustarse el folclore y el ambiente “auténtico” veracruzano. Además de la idas y venidas de vendedores ambulantes y de las “actuaciones” o simple presencia de los “locos” y “personajes” en el local, parte de la experiencia sensible de este “folclore” para el cliente lo constituyen las apariciones y ejecuciones musicales, sea afuera o adentro del café, de los grupos de marimba, los papantecos —con flauta y tamboril—, los jaraneros —entre los que destacaba el Jaranero Solitario con su pareja de bailarines—, el Hombre Orquesta y el tenor de guayabera blanca que canta arias, romanzas y fragmentos de zarzuelas. Pero el “folclore” y espectáculo del café también incluye “el grito” con que se alude al apodo de un parroquiano, el saludo amistoso implícito en la *mentada* o la palabra grosera proferida (signo de distinción y reconocimiento individual), la rechifla y las risas generalizadas cuando un comensal tira su vaso o cuando al mesero se le cae su bandeja con los platos.

El tiempo, la experiencia de su pérdida o ganancia y los usos interesados del mismo es un factor importante en la sociabilidad, en el gusto de “estar en el café” y en el funcionamiento de este establecimiento. La Parroquia se ha convertido en un espacio que es rentabilizado temporalmente al máximo, en el cual los “meseros” (camareros) transmiten al turista o extraño, a veces con malos modos, la idea de que allí “el tiempo es oro” para obtener propinas, por lo que abandonan la mesa pronto y sirven a nuevos clientes, si bien es cierto que con manifiesta parsimonia. Así, cuando el cliente le reclama atención o rapidez en el servicio al mesero, puede suceder que éste le conteste con frases arrogantes e impertinentes como: “Márchese a otro lugar”, “Espérese un momento, no estoy jugando” o “Váyase al Diligencias si no le gusta” (en alusión a otro restaurante y café tradicional porteño).

La preocupación por el transcurrir del tiempo por parte de los dueños y/o administradores de los cafés contrasta visiblemente con la perspectiva y experiencia del paso del tiempo por parte de los parroquianos, pues un buen número de éstos tiene presente la idea, expresada al menos retóricamente, de que *el café es un sitio donde la gente va a perder el tiempo*, y por extensión, a exhibir que se tiene el suficiente para perderlo.

Atendiendo a los usos del tiempo en el café, a grandes rasgos se pueden identificar dos tipos de gentes: las que llegan para disfrutar “del ambiente” (suelen decir ellos) y a “perder” el tiempo, y los que van a aprovecharlo, en el sentido de hacer negocios.

Uno de los “personajes” de café más interesantes que conocí, el Yuca, asiduo sobre todo al de La Merced, me exponía sus motivos para asistir al lugar, insistiendo en que era algo que no dejaba de hacer aunque resultaba superfluo en su vida, ajeno a su *modus vivendi* (en sus propias palabras); no obstante, estas aseveraciones estaban camuflando su actividad clandestina de agiotista que desarrollaba en el café y que sí constituía su modo de ganarse la vida, aparte de la exigua pensión que cobraba de su jubilación por enfermedad. A mi pregunta de qué haría si desaparecieran todos los cafés de Veracruz, así contestaba, mostrando y ocultando su vivencia interesada en el café:

Vengo por gusto, no por necesidad. No tengo necesidad del café pa’ subsistir, vaya. Vengo a divertirme, a platicar con usted. Si no fuera por el café, yo no lo hubiera a usted conocido, si no hubiera venido aquí, no me hubiera entrevistado. Parte del conocimiento de uno es dialogar con una persona que uno no conoce, a mí me ha servido de aprendizaje, la verdad; o sea, que el café no lo es todo para mí, como otras personas que no pueden estar sin el café, como el alcohólico, que hasta matara por un café, que mata por una copita. No es mi *modus vivendi*, que yo me dedique a eso, vaya. Vengo al café a disfrutar. Concorre todo el mundo. Por aquí no tarda en venir uno que le presta dinero a todo el mundo, que ese es su negocio, tiene negocio. Otro es médico, el otro es el dueño de la Casa Paz, el otro es chofer, y luego está uno que no está haciendo nada ahorita, pero al rato me voy a la casa y allí sí tengo quehacer. O sea, que estoy perdiendo el tiempo, programarlo, cuando tengo mucho quehacer no vengo al café, pero no voy a dejar lo que estoy haciendo por venir al café. Y como el café está abierto hasta las 10 de la noche, si no vengo ahorita, vengo en la noche, y si no, no vengo. Pero no es una cosa de vida para mí.

En las entrevistas con algunos parroquianos empedernidos de La Parroquia, sobre todo *personas conocidas* relevantes, como José Luis Gómez Sañudo y Ulises Díaz Cházaro, son interesantes los énfasis en hablar del ambiente de este café desde su participación en las peñas de café (tertulias) de las que ellos y otros veracruzanos forman parte, reuniéndose sus integrantes en un día, hora y mesa prefijados con antelación. Allí se encuentran y conversan por un tiempo y al cumplirse la hora límite acordada, cada cual se levanta, paga su cuenta y agarra su rumbo particular.

Respecto de la ocupación diferencial del café en un horario diario, existe una intensa segmentación social y profesional con una perspectiva temporal atenta al transcurrir de las horas, además de hacer hincapié en que el control de esos “horarios” grupales y profesionales de asistencia al café permitía el encuentro y saludo con una *persona conocida* determinada. Así lo expone Concha Díaz Cházaro en este fragmento de entrevista:

La ventaja de este café es que había grupos, mesas, o peñas, como se les llama muchas veces; entonces, a determinada hora ya sabía uno quiénes iban a estar ahí. Si yo me quería encontrar con equis persona de los que son parroquianos, yo sabía que con estar en el café a tal hora, yo voy a hacer una entrevista a esa persona, porque me acercaba a su mesa y “Oyes, que quiero esto, que quiero lo otro, o cuándo nos vemos, o dime cuándo te veo o”, en fin, cosas de esas, pues aquí en Veracruz era muy fácil de localizar, era un servicio que da el saber a qué horas iba cada quién al café. Para más, están las horas de los médicos del Seguro Social, las horas de los de la Aduana, las horas de los empresarios, había diferentes horas, ¿no?, y hay quienes tienen más de una mesa en el café, y hay quienes tenían en la mañana y en la tarde, en la mañana con unos y en la tarde con otros.

Mis observaciones, y la reflexión reposada en la distancia, me llevaron a identificar algo que difícilmente podían racionalizar y comentar mis informantes —más allá de su sucinta expresión—, y que apunta a un núcleo clave de la experiencia temporal y estética en el café: el que la gente va al café, sobre todo, a “platicar”, a encontrar la oportunidad de conversar con alguien, amigo, conocido o desconocido, y en ese ejercicio a dos o múltiples voces, formar parte del “buen ambiente” al que muchos cafetómanos se refieren, pero el que apenas pueden traducir al extraño. La “plática” es el vector sensible, la práctica que difumina y transforma la percepción y la categoría “tiempo” para los clientes del café, territorio privilegiado de ora-

lidad. Otro de los motivos por el que la gente iba al café en la Veracruz de los años noventa era para complacer su paladar,¹³ tanto para consumir un simple café lechero y sus canillas, como platillos más elaborados y hacer de este establecimiento el escenario para la exhibición de un gusto particularizado. Así me explicaba José Luis Gómez Sañudo el respeto que los dueños de La Parroquia habían mantenido por el placer de sus clientes:

Durante mucho tiempo, estos señores Fernández han tenido un estilo muy particular de llevar el café, muy clásico, muy típico. Estos amigos no hacían fritanga, no hacían gorditas ni picadas, y entonces mucha gente las llevaba de la calle, pedían el café y la fruta, y ahí se comían las picadas. Y pues les ponían el plato y les ponían los tenedores, y no les cobraban nada, nada más cobraban el café y la fruta. Inclusive algunos tipos folclóricos de aquí de Veracruz —que hay mucha gente folclórica, confanzudos [...] yo conocí a dos, queda uno vivo—, uno que era muy amigo de ellos, era un hombre muy servicial, una gente agradable de la cual tengo yo un muy grato recuerdo, don Antonio Vigorito, hijo de italianos, ¡ese señor se metía a la cocina a hacerse su comida porque le gustaba de cierta forma!, y era amigo del cocinero, ¡y pagaba, pagaba todo, vaya! Pero él entraba a la cocina a hacer su cosa. Hay otro, muy amigo de ellos también, ¡que les lleva la carne!, y saca el envoltorio del papel: “Quiero que me hagan este filete tres cuartos”, ¡y se lo hacen! ¡Y todavía los regaña porque se lo pasaron, o porque se lo dejaron crudo, y se lo regresa! O sea, es una cosa de un trato muy especial, casi familiar, podríamos decir.

En el mito e imagen, el café La Parroquia aparece como un espacio donde el gusto del individuo es manifestado y satisfecho incluso por encima de las normas del lugar. Estos ejemplos y casos destacan el egoísmo e individualidad de los que hace gala cada parroquiano, en un marco de gran convencionalidad social como es el café. No falta quien comenta a la primera oportunidad la peculiaridad de su gusto/conducta en el café, jactándose y dando detalles en la conversación, que puede ir desde a qué “atracción” o conjunto musical le da unas monedas y a cuál no, a la forma en que prefiere que le sirvan el café (sin tener que pedirlo de viva voz y sin ofrecerle la carta), o el plato que desayuna habitualmente. Podemos enmarcar en esta línea del gusto individualizado en este café el énfasis que ponen los cafetómanos en sentarse siempre en una mesa en la que les atienda “su”

¹³ Para una etnografía del gusto veracruzano, véase FLORES MARTOS, 2009, pp. 133-166.

mesero, el que sabe sus gustos y los conoce, el que ni les pregunta qué quieren y con el que gran parte de la comunicación tiene lugar a través de señas minúsculas, a veces imperceptibles. Por ejemplo, Charo Ochoa me comentaba que a ella le gusta sentarse afuera, del lado del malecón, donde estaba Beto, su mesero, pero que si lo ve adentro del café, allí lo sigue ella, al espacio o área que tenga en ese momento asignada. Don Ricardo Ruiz decía que su “gusto” en el café estaba ligado al tipo de atención y de conocimiento y asesoramiento que le brinda “su” mesero Araulfo, en relación con sus hábitos de consumo. En el café, la comunicación, especialmente entre los clientes asiduos y “sus” meseros, en algunos casos se establece —y se establecía en mayor medida en el pasado— a través de gestos y señales que le permiten al mesero saber a distancia lo que el parroquiano desea, sin necesidad de hablar o andar gritando en un ambiente lleno de bullicio y ruidos que se cruzan. Charo Ochoa Rivera repasaba, al mismo tiempo que gestualizaba, la gama de “señales” tácitas y personalizadas que mantiene con “su” mesero Beto, cuando acude a La Parroquia:

Ya tiene uno la señal, al mismo tiempo le digo: “quiero un café” [se aproximan los dedos índice y pulgar de la mano derecha], “quiero una Coca” [se pone el dedo en uno de los orificios de la nariz, simulando aspirar cocaína], como si fuera cocaína. Cuando quiero un chino, que es un pan, na’ más le hago: “¡Beto...!” [simulando el ojo rasgado de un chino], o la canilla [tocándose una pierna]. Ya nos pusimos de acuerdo.

En cuanto a la segmentación y nominación de los espacios en el interior del café, varios de mis interlocutores insisten en que las mesas de La Parroquia “tienen nombre”, generalmente bautizadas por los camareros o por el ingenio de algún parroquiano,¹⁴ señalando su ocupación en determinada hora del día por un grupo de clientes o por una peña, además de que se relaciona con quienes se sienten en ellas. Así, Gerardo García, *el*

¹⁴ La actividad de “nombrar” o “bautizar” con apodos o expresiones ingeniosas —o “gritos de café” que hacen enojar al individuo del que se le hace objeto— expresa el carácter grupal y la segmentación cambiante que tienen lugar en la sociabilidad y duelos verbales del café, además de remitir al habla y disfrute de las peñas y mesas. Francisco Villagómez sintetizaba de modo coloquial y sensible este “sabor” creativo grupal, de lucha simbólica y verbal en el café: “¿A qué vas al café? El veracruzano es muy jodedor y en el café se dedica a poner apodos, se unen para chingar a uno, o un grupito chinga a otro y así. Allí en el de afuera, hasta la fecha en las tardes, va la flota y pasa un doctor y le gritan: ‘¡Ah, muerto fresco!’, porque ya está grande el doctor, pero tiene ánimos pa’decir: ‘Chinguen a su madre todos’”.

Flaco, relataba cómo era la peña de “los pájaros caídos” desde su posición como integrante y desde su rol de contar historias “para entretenerles”, por lo que regularmente le invitaban el café y los cigarrillos:

Y sigo viniendo a La Parroquia, porque aquí aprendo de todo, esa es la mesa donde me admiten ellos, porque es la mesa de los amigos de don Paco Píldora. Yo tengo el lugar de don Paco Píldora porque me deja él ahí, con esa palomilla que son doctores, que son licenciados, magistrados, el del suéter es el más sencillo de todos ellos, el viejo canoso más grande cuenta puro chiste grosero, el otro es primo del magistrado, es ingeniero, el otro es doctor y les dicen “Los pájaros caídos” porque ya pasan de setenta pa’riba, ya no se les *para*, por eso son “pájaros caídos”; ya na’ más ven a la vieja para hacer meros silbidos, na’ más, porque no sirven para nada, pero ese nombre se los puso don Paco Píldora. “La Peña de los pájaros caídos”, y yo soy el nuevo ahí, “A mí se me *para* todavía”, les digo; pero, ¡carajo!, están todos locos.

Por otro lado, el deambular por las mesas, sentarse y conversar un rato en cada una de ellas, bien pidiendo “permiso” o sin pedirlo (amparándose en la confianza del conocimiento o en el trato interpersonal que favorece el escenario del café), recibiendo el ofrecimiento de una silla o tomando una de al lado sin previo aviso al sentarse, estaría apuntando a la clase de nomadismo social, de sociabilidad intestina —en la que se mezcla un gusto por el vagabundeo, el encuentro fortuito y la distracción—, como es la escenificada por los porteños de clase media en el café de La Parroquia. Además de la “plática”, en el café, lo importante del ambiente y de la sociabilidad, de la experiencia sensorial ofrecida al que allí va, son los movimientos, los gestos, las relaciones a veces efímeras, gestuales o sólo de cortesía y apariencia, pero que son muy importantes ahí. El moverse de una mesa para ir a otra, trasladándose, paseando, deambulando, ocupar una silla o tomar una de al lado y sentarse con alguien conocido sin decir ni una palabra; el quedarse de pie hablando con alguien de una mesa y de pronto ver el gesto de otro de los que están sentados moviendo una silla y ofreciéndosela. Este deambular y vagabundeo formal, este “picoteo” de palabras, informaciones, saludos y conocimientos en cada mesa es uno de los rasgos que otorga ese ambiente especial al café de La Parroquia y algo que no es perceptible de una manera tan marcada en los demás cafés principales del Puerto.

Dentro de la mencionada inclinación a expresar y satisfacer un gusto particular en el café, además de las señas o formas de comunicación perso-

nalizadas entre el parroquiano y “su” mesero, es importante comentar una señal o gesto sonoro frecuente en la comunicación del café, que consiste en golpear con la cuchara, en una secuencia breve y reiterada, el vaso del “lechero” una vez que el camarero ha servido el café negro al cliente, para que llegue el empleado cargado con la lechera metálica y añada la leche al gusto. Para referirse a este acto, los parroquianos dicen “hablar con la cuchara” o “llamar al café”. Acerca de esto, encontré diferentes versiones de “cuentos” de café referentes a forasteros, sea un “gallego” (español) o un *gringo*, que se confunden y hablan “a la cuchara” en vez de golpear con la cuchara para pedir que le sirvan. Dichos cuentos ilustran la necesidad e incompreensión, la dificultad de traducción y los usos comunicativos para los extranjeros que no están habituados a las reglas de los residentes.

Los “locos” de la ciudad¹⁵ también gustan de este café y en el imaginario veracruzano tienen en él un refugio, un espacio de tolerancia. Así lo explicaba de modo perspicaz Francisco Villagómez:

La oficialización de un loco la da la gente, “este ya es loco de nosotros”. Incluso en Veracruz, cuando viene el carnaval, Semana Santa o época de vacaciones, y llegaba alguien por el café que no conocíamos, decíamos “el loco nuevo”, “estamos estrenando loco en Veracruz”, porque el puerto no es un lugar de locos, sino de locos pasajeros; bueno, que vienen y trabajan un rato la plaza, como le decimos aquí. Como si fueran toreros, llegan, trabajan la plaza y luego ya se regresan a su lugar de origen. Como también nosotros exportamos locos, porque tú a Topeiro lo ves aquí, últimamente ya no, pero también lo podías ver en Córdoba. Afrodita, el que canta, que está mal, que no puede hablar, no puede hablar y canta, ese loco también lo mandamos a Xalapa, o sea que también recibimos, pero exportamos. Entonces hay como un libre acuerdo, un libre comercio de locos, entonces pueden ir y pueden venir.

Los “locos” viven o habitan en el café, pero también “debutan” ahí, donde son bautizados, bosquejados y festejados por la palomilla. Parece que la conexión entre “locos” y café La Parroquia tiene que ver con la hospitalidad y el trato afable hacia ellos, promovidos por los propietarios del café, que les otorgaban paso franco y la invitación a un café lechero. En la ciudad existe un interesante debate acerca de la identidad y abundancia

¹⁵ Sobre las historias de “locos” y personajes como nuevos mitos urbanos veracruzanos, véase FLORES MARTOS, 1996.

de estos “locos” en Veracruz, en el que enfáticamente son presentados como fuereños —y excepcionalmente nativos del Puerto—, aunque algunos son oficializados, “adoptados” e inscritos en la singular galería casuística identitaria veracruzana conformada por estas historias. Un ejemplo de tal fenómeno de adopción de “loco” foráneo de café es ilustrado por Rambo (también conocido como el Loco Karateka). Cuenta Paco Villagómez:

Este loco de momento irrumpió en la escena y lo tomamos como loco nuevo, porque no es de aquí, y de éste sí se decía que era una persona que su papá había muerto, era conocido de los viejos y era un tipo que llegaba corriendo de por allá del sur de la ciudad al café, llegaba y se sentaba en el café y pedía tres milanesas, cinco zumos de naranja, ¡y todo se lo comía, eh! Y de repente, pues le entraba la onda de Schwarzenegger y la chingada, y empezaba, sin agredir a nadie, eh, ¡vaya, empezaba él a hacer sus katas y a correr de una esquina a otra, hecho la madre! Pero además era una pinche escena muy, cómo te diré, una escena, cómo será... de Fellini o así, ¡y era un cabrón! Y mientras este cabrón corría tirando karatazos, había otro cabrón, ése era Jacobo Zabłudovsky, iba leyendo un periódico ¡por la orillita de la acera!, y llegaba a la esquina y se daba la vuelta y seguía leyendo el periódico. Y en el café decíamos: “Ya está Zabłudovsky, ya pasó Lolita Ayala y ahí está Rambo”, entonces era todo lo que tu mente capta, ¿no?, y lo que estás viendo, cabrón.

Estos “locos” que pululaban en torno al café solían ser *alegres*, *hablantines*, hacían gala de buenos modales y educación en este escenario público y varios eran invitados a distintas mesas para conversar con los parroquianos de turno; a cambio de pagarles un café, una cajetilla de cigarrillos o comprarles alguna de las mercancías que vendían, les servían de entretenimiento, pudiendo escuchar sus “cuentos” o expresiones con que se salpicaba la plática desde su agregación.

LA COMPOSICIÓN DEL MUNDO EN EL CAFÉ. CUENTOS E HISTORIAS DE CAFÉ

Decía don Paco Píldora: “Tengo unas palabras pa’ componer este mundo tan desbarata’o, tengo unas palabras tan pintorescas”.

GERARDO GARCÍA, *el Flaco*

Es importante remarcar la idea extendida en Veracruz acerca de una práctica habitual: “en el café se compone el mundo”; pero no sólo se compone en el sentido de arreglar, sino también se compone en cuanto a crear, manufacturar ese “mundo”, que de modo artesano y singular es modelado en el coro heterofónico y disonante en que a veces se convierte una mesa del café. En ella se aportan diferentes elementos, materiales y palabras que hacen de esa conversación la forma polifónica de expresión poética y mítica “de café”. Es ésta una especie de “composición” oral y conversacional, precaria y aleatoria, en torno a una mesa, integrada por voces o individuos más o menos asiduos a la peña, pero también por otros que se incorporan ocasional y fugazmente. Esa “composición”, en forma de conversación, se piensa como algo propio del café y a éste como el lugar adecuado para ello; su temática es inventariada por algunos informantes como si de la agenda o secciones de un periódico se tratase.¹⁶ En el fragmento siguiente, en palabras de Francisco González, *el Tiburón*, se pone de manifiesto el placer y el mal disimulado orgullo que los parroquianos experimentan por disponer de este espacio, práctica que los convierte en protagonistas de opiniones, arreglos e intervenciones a nivel “mundial”:

Ves que hay mesas de cuatro o cinco o seis, pero están platicando. Y esa mesa ahí, en esa mesa, están componiendo el mundo. Que en dos meses son las elecciones en Estados Unidos y el mero bueno es Clinton, y ya es Clinton. Que Carlos Menem se portó mal, ya lo quitaron, ya. ¡Ahí componen el mundo, ahí quitan! Y ese de Rusia, el Yeltsin también, que ahí dicen que como que está mal del corazón, que está mal, y ahí lo dejan. ¡Ahí componen el mundo!

En otros casos, la plática fluye hacia noticias o sucesos de alcance más local o personal, sobre los que alguno de los interlocutores tiene la tentación de extenderse, en un primer momento enmarcando su charla dentro de los límites de lo verosímil y afirmando que esto “así ocurrió”, “así lo vio”, “así se lo dijeron”, ante la cautela o sospecha de invención o falsedad de tal historia mostrada por los receptores. Así pasa a convertirse en “cuento” o

¹⁶ “Como se dice, se compone el mundo en La Parroquia de Veracruz. En el buen decir, ¿verdá? Se platica de política, de cosas sociales, de deportes; ¡ah!, pues es muy bonito conseguir argumentar en un lugar que es tradicional en el puerto de Veracruz y conocido internacionalmente”, comenta Don Ricardo Ruiz.

en “mentira”,¹⁷ como bautiza a este género Bernardo Lorenzo, *Nayo*, cronista oficial de la ciudad en el periodo 1996-1997, quien explica a continuación los sinónimos y cargas con que los asistentes al café, y gente de más edad, habla acerca de las narraciones increíbles y desmedidas:

En el puerto “jarocho”, por tradición alegre y desordenado, hace algunos años, cuando alguien hacía un relato increíble, le llamábamos “borrego”, “culebrón”, “papa”. Se le decía al narrador: “¡coño!, qué papero eres”. Otro calificativo era este: “[P]Uta pa’ cuento”. Todos estos señalamientos todavía se escuchan en gente de la vieja guardia [...] Dentro de todas esas cosillas surgen, como en todos los tiempos, “la mentira”, el cuento ameno y sorprendente que a muchos encabrona y a otros divierte.¹⁸

Estos contadores de “cuentos”, platicadores baquianos del café, se comportan como auténticos repentistas al compartir ante sus compañeros de mesa esos hechos recreados a su gusto, mezclando de forma idiosincrásica y caprichosa noticias escuchadas en programas de radio, titulares leídos al vuelo en la prensa diaria, o textos de periódicos atrasados y libros encontrados en la calle y acopiados como parte de su bagaje objetual e intelectual. Su habilidad en este bricolaje narrativo, y el mayor o menor éxito de sus composiciones, los sitúa en ocasiones en la posición de verdaderos creadores de “mitos” y literatura oral popular, que no es fijada mediante la escritura, pero que circula y sirve también para reflexionar y pensar a las gentes que acuden al café, y al resto de receptores cuando se extiende por la traza urbana. A veces estos narradores son notarios, abogados, doctores o reconocidos profesionales de la ciudad, pero en otras ocasiones su posición excéntrica, e incluso marginal —que les apareja la consideración y etiqueta de “loco”—, los lleva a intentar que la exposición del “cuento” (o “la leyenda”) les proporcione algún beneficio práctico. Ahí se significan aquellos cafetómanos que utilizan sus crónicas para ahorrarse el pago

¹⁷ Así define Nayo “la mentira” veracruzana de café: “Desde remotos tiempos la mentira ha sido, de generaciones en generaciones, origen de la formación de historias fantásticas que sobrecogen el ánimo de las personas; relatos que dan buena cuenta de ‘sucesos’ que nos transportan al mundo de la fascinación por la imaginación [...] Se dice que la mentira es antídoto para los nervios, yo sí lo creo, porque la bola de mentirosos que he conocido a través de una larga vida son tipos calmados que sólo se alborotan cuando toman el café”. LORENZO CAMACHO, 1994, pp. 35 y 44.

¹⁸ LORENZO CAMACHO, 1994, p. 109.

de la consumición; exhiben una extraordinaria habilidad para tantear el “tema” de interés del contertulio ocasional y luego variar su conversación para manufacturar *ad hoc* historias hacia ese campo y conseguir agrandar.

Las más de las veces estos relatos son contados como hechos verídicos, aunque dichas escenas ocurran en ámbitos íntimos o de difícil acceso o constatación. Como los dos “cuentos” que me refirió Francisco Villagómez, a manera de ejemplo de la creación y gestación de anécdotas por la palomilla o flota del café. En la primera el protagonista era una de las personas más ricas de la ciudad, don Antonio Exome, y miembro notorio de la colonia libanesa; la segunda estaba protagonizada por uno de los “personajes”, Juan Hernández, *Güeremere*:

Aquí hay un señor muy rico que es don Antonio Exome, entonces don Antonio Exome todos los días va a la iglesia, va a la iglesia entre cuarto para las siete y siete y cinco. Nadie ha entrado a ver qué hace, pero le hicieron un cuento en el café. Dicen que llega a visitar a la Divina Providencia; dicen que un día llegó y estaba una persona antes que él, rezándole a la Divina Providencia, y oía que le decía: “Divina Providencia, ayúdame, necesito cien pesos. Divina Providencia, ayúdame, necesito cien pesos”. Entonces don Antonio le escuchaba y le dice: “Mira cabrón, toma los cien pesos y no me la distraigas, porque yo sí le voy a pedir en serio” [risas]. Porque además la flota de ese café creaba ciertas cosas, ahí se gestan estas historias.

Juanito Hernández, *Güeremere*¹⁹ es un señor que trabaja no sé si en Correos o en Telégrafos, cuya expresión es muy válida en la actualidad, dice: “Yo era puto cuando era una pena ser puto, vaya; ¡ahora los chinga’os putos hay un chingo, vaya, ahora es una pena ser hombre, vaya!”. Y su apodo es Güeremere. La leyenda, la historia que yo conozco de Güeremere es que, aquí llega mucho barco griego, y los griegos son “comegente”, vaya; les gustan más los hombres que las mujeres. ¡Aquí llegan muchos griegos! Aquí cuando llegan los barcos griegos, suben más putos que putas, y pedidos por ellos. ¡A mí me tocó ver a un cabrón griego pedir un macho! [...] Ah, pues este Güeremere dicen que se subió a un barco y tú sabes en Veracruz no falta alguien que diga: “yo lo oí”, “yo lo ví”, y dicen que lo tenía el capitán del barco pero bien ensartado, pero como

¹⁹ Así lo caracterizaba Bernardo Lorenzo: “Dentro de los tipos populares de esta tetraheroica ciudad, aún vive Juan Hernández, (a) el ‘Güeremere’. Un hombre hecho todo un hombre, generoso y tramposo al mismo tiempo, pendenciero y manso otras veces, como los corderos; honesto y malón por otro lado, hablantín y sereno en los comentarios; es zurdo y derecho, ambidiestro, posee el ‘Güeremere’ un sinfín de cualidades [...] Para pedir prestado es un campeón. Todo permite el ‘Güeremere’, menos que le digan ‘cuñao’ [...] su frase preferida: ¡No hay puta madre!”. LORENZO CAMACHO, 1994, pp. 130-131.

dicen que el capitán tenía unas medidas extraoficiales, este cabrón le decía: “¡¡Güere mere, Güere mere!!”, y Juanito le gritaba: “¡Espérate güey, espérate cabrón!” [risas].

En este género de historias, demostrar la audacia imaginativa y mantener el consenso de veracidad hasta el último giro o desenlace que encumbra el “cuento”, son valorados como una habilidad individual significativa entre los conversadores porteños del café, y fuente de goce estético. El narrador de una “mentira” o “leyenda” en Veracruz sostiene ante la compañía que le inquiere, reclama o burla, que lo que dice es verdad, es capaz de apostar sobre ello e incluso hace el ademán de enojarse y hacerse el ofendido por la desconfianza, retando verbalmente al que cuestiona la veracidad de lo contado, en un esfuerzo y sobreactuación dramática notables.

UNA DIALÉCTICA ESPACIAL Y SOCIAL INTRAMUROS *VERSUS* EXTRAMUROS O “POR QUÉ LOS JAROCHOS SOMOS DESMURALLADOS”²⁰

En La Parroquia, aquí viene el señor que vende calcetines, es un vendedor en la calle, luego se le conoce por allá, vende calcetines y quesos, viene a tomarse su café, allá por allá está el del Frente Cardenista, acreditándose con las cámaras de televisión, acá está el del Comité del PRI, o sea hay políticos, hay vendedores, y es el mismo ambiente, no hay bronca ahí. Aquí puedes convivir con ellos, imagínate que en Maxim's de París llegara a sentarse un pordiosero que diga: “Oye, yo también voy a pagar”, “Pero tú no puedes entrar”; eso es lo raro de aquí, ¿no?, como es raro también que el presidente de la república vino aquí a tomar café, ahí una mesa le preparan y ahí viene como cualquier hijo de vecino. Y aquí el pordiosero toma su lechero y también se lo sirven. A mucha gente le disgusta, ¿no?; a mí me encanta eso.

DANIEL NORIEGA

Al escuchar por enésima vez el discurso y tópico de la igualdad “democrática” entre los clientes y parroquianos del café La Parroquia, me viene

²⁰ Verso del poema “A los puertos me remito”, de PÉREZTEJADA, 1993, p. 66.

a la cabeza la comparación cabal entre este establecimiento y la estructura social y tipos humanos que contenía la (gran) casa colonial,²¹ como imágenes muy similares. Ambas conteniendo a una gran familia jerarquizada estrictamente, pero que mantiene el trato y la conversación entre los tipos o personas de la más alta escala social (dueños españoles, comerciantes, políticos locales, estatales y nacionales) y los subalternos de la más baja escala (boleros, vendedores ambulantes, de billetes de lotería, clandestinos de “bolita yucateca”, prestamistas), pasando por toda una gradación intermedia en la que estarían incluidos los meseros y los criados o empleados de confianza de las gentes acomodadas. Comen y beben, conviven juntos, pero en absoluto revueltos, respetando la jerarquía social (cuando se mezclan, el “loco” como Gerardo García, *el Flaco*, o el Yuca, asumen el papel de bufón/cuentacuentos, etc., a cambio de la invitación del café o de unos cigarrillos), y participando todos como integrantes en diversos papeles de la obra de “buen tono” social, de cortesía, de buenas maneras (aun en las “mentadas” o imprecaciones ejecutadas como saludo) y trato correcto que tiene lugar dentro de sus muros y puertas. Se identifica, pues, el especial regusto y énfasis de sus parroquianos por acudir al café y vivificar por unos minutos, unas horas, el tipo de sociabilidad que las clases medias y altas del Puerto imaginan existía en el interior de una casa colonial, en la cual los sirvientes estaban integrados como miembros de la familia extendida y amplia, incluso ocupando los escalones más bajos de una estructura social fuertemente jerárquica.

Aunque la óptica veracruzana que modela este café reitera que es habitual contemplar una conversación entre un político o un juez y un limpiabotas, los mismos informantes del café deudores de esta imagen dejan de sostenerla cuando se les pregunta directamente acerca de la existencia de trato entre gente de diferente estrato social: entonces se atreven a afirmar que apenas ocurre mínimamente. Pero ¿cómo se distribuye espacialmente esta convivencia democrática en el café de La Parroquia “matriz”?

²¹ Así describe Antonio García de León las casas de los comerciantes españoles en el Puerto, a finales del siglo XVIII: “Algunos españoles, de los gruesos comerciantes, constituyen unidades familiares de gran complejidad: de hasta 25 miembros contando esposa, hijos, ahijados, dependientes europeos, mozos, esclavos y criados; habitan casonas de reciente construcción y ‘casas mestizas’ de piedra y madera, que son, al mismo tiempo, vivienda, accesoria, pulpería y almacén”. GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 891.

¿Quiénes gustan de sentarse “adentro”? Y, sobre todo, ¿quiénes gustan de sentarse en las mesas de “afuera”? Además de algunos turistas, tanto nacionales como extranjeros, sobreexpuestos al acoso de los vendedores ambulantes o “locos” cantantes, el “afuera” del café es un territorio ocupado por veracruzanos y veracruzanas jóvenes, o que se ganan la vida en el ámbito informal, y también por los interesados en establecer conversación con extranjeros (con un perfil de *gabacheros* más o menos acusado).

Parece claro que en los dos cafés “cerrados” (climatizados) principales del Puerto, el Gran Café de La Parroquia matriz y el Gran Café del Portal, son perceptibles *grosso modo* dos ambientes diferentes: el disfrutado en su interior, donde el acceso está más o menos reglamentado, hay filtros para los vendedores ambulantes y el control social interno (expresado, por ejemplo, en un régimen de visibilidad) es más intenso, el cual es preferido por las *personas conocidas* de la ciudad,²² y el disfrutado en su exterior, cuyo acceso es casi franco, donde los vendedores, mendigos y “locos” abordan las mesas más fácilmente, y donde hay una clara orientación hacia el afuera en cuanto a la visibilidad de viandantes o nuevos clientes, pero sobre todo hacia las personas *fuereñas* y extranjeras que gustan de sentarse en esas mesas. Al tiempo resulta más atractivo y cómodo para los clientes de extracción social más humilde o que prefieren permanecer en el margen de las servidumbres y reglas sociales. Proponemos que la tensión y fragmentación social de esta ciudad se traduce y expresa espacialmente en el café, en paralelo con la antigua tensión intramuros *versus* extramuros vivida en el Puerto desde la época colonial y vinculada a sus patrones de residencia y a su carácter de población amurallada.

El historiador y antropólogo veracruzano José Velasco Toro me comentaba su teoría para interpretar esta retórica de “igualación social” exhibida en algunos espacios céntricos de la ciudad, entre los que está el café, y que es consustancial a una sociedad supuestamente “abierta” y cosmopolita como es la porteña. Según él, en la cultura urbana veracruzana existiría

²² En una entrevista realizada por el investigador Horacio Guadarrama, el propietario del Gran Café del Portal, don Eduardo Toca Cangas, expresaba su opinión sobre la gente que elige las mesas de la parte “cerrada” de su café y quienes gustan de sentarse en las mesas de afuera: “Ahí que cada quién que escoja lo que prefiere. La gente decente que quiera estar fresca y tranquila, aquí adentro, y la pelangocha, los que les gusta o prefieren el polvo, el calor y aguantar a los vendedores y mendigos, que se queden ahí afuera”.

una dialéctica intramuros-extramuros, que puede ser documentada y conectada con la evolución de la traza de la ciudad, su expansión y el derrumbe de la muralla. Especialmente en la edad de oro de la vida social del Puerto en el siglo XVIII, las *familias conocidas* y honorables vivían intramuros y los pobres, los sirvientes, cargadores, mulatos e indígenas habitaban extramuros; pero la gente de intramuros, principalmente, salía a divertirse en bailes y burdeles de extramuros y allí se establecía un tipo de *convivio* (ligado a la fiesta, al baile y al exceso) entre clases y castas tan marcadamente separadas. Luego, en el siglo XIX, con el derrumbe de la muralla para el saneamiento y ensanchamiento de la ciudad (en 1880), se empieza a producir un fenómeno curioso que tiene que ver con la difuminación, hibridación y una relocalización diferente de esta dialéctica intramuros-extramuros. Ese convivio, trato y sociabilidad con las clases bajas e incluso marginadas empieza a surgir por toda la ciudad —una vez que caen los muros físicos— y se articula una exhibición enfática (y poco apegada a la experiencia real) de la idea de “igualación social”, de que en Veracruz no existen diferencias sociales, pero solamente en algunos lugares públicos, como los bares de Los Portales y el café.

Estos espacios y locales tan centrales de la ciudad se han venido convirtiendo en una suerte de teatros de la articulación-tensión de la mezcla y exclusión social, de la dialéctica intramuros-extramuros, regidos por una sociabilidad, una gestualidad y un habla de la demostración del “aquí no hay diferencias sociales”, de la contaminación social de tipos y oficios.

El “cierre” (climatización) del café, y especialmente el de La Parroquia, estaría simbolizando un restablecimiento de la mencionada dialéctica extramuros-intramuros, polarizando unos términos que el café “abierto” antes diluía o armonizaba de un modo más sutil, ayudado por unas puertas y ventanas abiertas, un acceso más directo y una etiqueta menos estipulada. Desde mi observación de La Parroquia en 1993 y 1996-1997, puedo afirmar que ese “intramuros” simbólico de café se vio más resguardado y se volvió más exclusivo que tres años atrás. Para varios de mis informantes (Florita Lara, Francisco González, *el Tiburón*, Charo Ochoa) asiduos al mismo, la climatización del café lo volvió más “clasista”. El cambio de ubicación céntrica de La Parroquia y el quiebre de la dialéctica intramuros-extramuros —diluida espacialmente en un café “entreabierto” hasta

1994—, junto con el “cierre” y climatización de este lugar (y la polarización espacial “afuera” *versus* “adentro”), influye en esa percepción “clasista” y escorada hacia el exclusivismo.

ES UNA EXPERIENCIA RELIGIOSA. EL TRASLADO DE LA PARROQUIA DE VERACRUZ

En los años noventa se produjo la reubicación de dos de los cafés probablemente con más prestigio y clientela del centro de Veracruz: el Gran Café de La Parroquia y el café de La Merced. Dichos traslados han sido incorporados u ocultados en la historia de estos negocios y en la memoria urbana local. Las páginas que siguen a continuación pretenden rescatar y examinar el modo en que se realizó el cambio del café de La Parroquia desde su ubicación original frente a la catedral, hasta su localización actual en el malecón, en la calle Gómez Farías. Un acontecimiento que tuvo un seguimiento “popular” y un eco en su momento, pero que no se reseña y ha sido olvidado por la “historia oficial” detallada en la web del café de La Parroquia. Sobre este hecho, comenta Concha Díaz:

El día que se cambió La Parroquia, yo estuve a despedirla, porque ¿qué veracruzano que se sienta veracruzano no fue a decirle adiós al café de La Parroquia? ¡Era un verdadero carnaval!, ¡andaban los medios de comunicación por todos lados, la radio, la televisión, los periodistas entrevistando! No había un lugar en donde sentarse, el café lo estaban sirviendo en vasos desechables. Según dicen, estaba ya muy malo el último día y yo no tomé café ya el último día, pedí alguna otra cosa, conseguimos una mesa y después otra mesa sin sillas, llevamos sillas de fuera. Para esto había marimbas, mariachis, jaraneros, hubo quien cantaba sola ¡y era aquello una romería!, de veras, entraba y salía la gente, no había lugar. Y ya cuando salimos nosotros, como a las 11 y fracción, pues ahí se quedaron, ya se habían llevado una cafetera, quedaba únicamente otra cafetera. Pero a la mañana siguiente me levanté temprano y puse las noticias locales, en la televisión, y me tocó ver el traslado de la segunda cafetera. Y entonces, sobre una camioneta, la subieron y se la llevaron hasta el nuevo café, ¡pero seguida por una cantidad de personas a los lados, que eso parecía como un paso de la Semana Santa; iba el paso, iban todos los que acompañaban el paso aquel y los mariachis, hasta el nuevo café! Y ahí la dejaron, y a las seis de la mañana en el nuevo café empezaron a regalar los lecheros, el café lechero se regaló de seis a ocho, ¡y dicen que estaba a reventar!

Desde mi marcha en 1993 hasta mi regreso en 1996, uno de los sucesos más significativos ocurridos en la ciudad, según la apreciación de los mismos habitantes de Veracruz, fue sin duda —junto con la victoria electoral del Partido Acción Nacional (PAN) en la presidencia municipal del Puerto— el cambio de domicilio del café La Parroquia. Todavía dos años después que ocurrió, las conversaciones entre veracruzanos y de ellos con *fuereños* daban cabida y destinaban bastante energía a comentar y describir con profusión de detalles “cómo estuvo el traslado”, el pleito familiar/judicial y de lado de quién estaba la razón, la intervención del gobernador del estado y la oportunidad o justicia de la última sentencia de los tribunales. Estas descripciones, defensas y diatribas acababan en ocasiones despertando emocionales, patrióticas y hasta políticas tomas de posición entre los contertulios acerca de “todo lo que Veracruz perdió” en ese fatídico día de finales de noviembre de 1994, y una desgarrada nostalgia, atravesada por cierto rencor hacia nombres e instituciones considerados responsables por acción u omisión de ese cambio. El caso es que este café de La Parroquia siguió su andadura a apenas tres cuadras de su antigua localización, manteniendo su estilo, meseros, clientela y una parte de su ambiente característico.

He optado por exponer algunas versiones y escenas elaboradas por mis interlocutores (como la descripción que encabeza este epígrafe) y periodistas locales (en su calidad de participantes, testigos presenciales o simples oidores/relatores), versiones fragmentarias e interesadas a veces, a fin de que el lector pueda componer en su imaginación lo que supuso para la sociedad local (y especialmente para las clases medias y *personas conocidas* porteñas) este acto público, de modo análogo a como ha quedado modelado en la memoria local.

El nombre del principal café de la ciudad, La Parroquia, situado en una esquina del zócalo (Plaza de Armas) y enfrente de la catedral (“parroquia”, como ha sido llamada por bastante tiempo la principal iglesia del Puerto), ya establece una conexión terminológica, espacial y, como comentaremos en detalle, “devocional” entre ambas “parroquias”. Incluso, algunos de los personajes y figuras asiduas al café, como don Francisco Rivera Ávila, *Paco Píldora*, acudían frecuentemente a ambas “parroquias” —y por tanto ostentaban una doble condición de “parroquianos” en sen-

tido literal, espacial y figurado— cruzando simplemente la avenida Independencia que las separa y relaciona. Como tal escenario “eclesial”, este café se encuentra atravesado por prácticas rituales y devocionales, algunas se han descrito y analizado en las páginas anteriores y otras fueron expresadas durante la celebración masiva del cambio de domicilio del café, o al menos ocupan un espacio preferente en los relatos y versiones elaboradas sobre el mismo por la memoria urbana reciente de los veracruzanos.

Tras el fallo judicial de un largo y alambicado pleito familiar entre los propietarios del edificio/local y los dueños de la razón social, de la noche del sábado 28 al domingo 29 de noviembre de 1994 se completó el traslado de La Parroquia “matriz” desde la avenida Independencia esquina con Zamora, a su actual localización en el Paseo del Malecón (Insurgentes Veracruzanos) esquina con el callejón Gómez Farías. Esta mudanza fue experimentada por los parroquianos frecuentes de manera dramática, pero festiva y carnalizada —“a la veracruzana”—, llegándose a pronunciar y escribir frases grandilocuentes que hablaban de que con este cambio de domicilio de La Parroquia se perdía el reducto de la democracia ciudadana, las señas y refugio de la identidad veracruzana, y uno de los baluartes y encarnaciones de la “tradicción” porteña.

Los términos e imágenes aludidas por los informantes para caracterizar el ambiente reinante en ese último día/noche de “despedida al café” y en su posterior traslado desde la ubicación original son los de “carnaval” o “carnavalito (los dos más nombrados y de mayor éxito en textos y entrevistas), “romería”, “procesión” o “velorio-entierro”. Rituales y fiestas todas ellas ligadas en Veracruz a “lo popular” y con distintas posiciones y contaminaciones en la gradación sagrado-profano.

Durante el día, según Gerardo García, *el Flaco*, se vivió un verdadero carnaval veracruzano en el establecimiento, con mujeres disfrazadas, piezas teatrales y travestidos desempeñado el papel de plañideras, etc., donde se mezclaban la alegría —rasgo sobreenfatizado del carnaval, ciudad y habitantes de Veracruz por ellos mismos— y la tristeza, siendo esta aglomeración y festejo popular cubierto por la prensa local y nacional, y por todo tipo de reporteros de la televisión mexicana:

Sí, el ambiente era un carnaval pequeño. En vez de llegar vestidos del carnaval, llegan las brujas, unas se visten de brujas, empiezan a hacer su pequeña obra de teatro, adentro del café de La Parroquia; llega también mucho maricón llorando, sí, vestidos de mujer, maricones vestidos de mujer. Al pueblo se le ve tristeza y alegría al mismo tiempo, hay alegría y hay tristeza, “pero, estamos con ustedes”, con el dueño. Dura esa fiesta, dura desde la mañana hasta la noche, cuando ya están puestas las mesas aquí, ponen de éstas, y el señor hace esto: todos los que pudieran estar sentados, el café gratis. Y al otro día no sé cuántos pasteles hizo para la gente que no vino. Al otro día: “Dales un pedacito de pastel a cada uno”, se vuelve a hacer una romería aquí también, también se vuelve a traer, para inaugurar, el mariachi, vienen todos, viene Televisión Azteca, Televisa, Telever, toman a los que estaban sentados.

Una parte del análisis de esta secuencia ritual y festiva que supuso la despedida y cambio del café La Parroquia lo podemos enfocar en las dos viejas cafeteras italianas, fabricadas en Turín, que fueron y continúan siendo consideradas como auténticos “fétiches” del lugar en las conversaciones de parroquianos y textos de escritores y periodistas. Según Gerardo García, *el Flaco*, desde que se supo la fecha del traslado se intentó que el “padre de la iglesia” —el sacerdote titular de la catedral— bendijera las cafeteras y las protegiera simbólicamente en el corto camino de su tránsito. Pero existe constancia de otras medidas y cautelas que nos hacen saber el trato otorgado a una de las cafeteras, como si de una imagen o talla de un santo católico se tratase: tuvo lugar en la madrugada-amanecer del 29 de noviembre de 1994, durante el paseo/procesión de esta cafetera, la cual fue cargada en la parte trasera de una camioneta y acompañada hasta su nueva ubicación por los cafetómanos más devotos y emocionados, como si fuese la procesión de fieles que siguen a un paso de la Semana Santa, quienes además aparecían cargando sus sillas, como una suerte de improvisada y utilitaria “cruz”, escenificando el pasaje —individual y colectivo— hasta su nueva mesa y café. También esa escena es narrada de modo similar a la descripción de una comitiva fúnebre que acompaña a un féretro, según nos relata Rosario Arandia:

No sé si sepas que cuando cerraron La Parroquia aquella y abrieron la de acá, las mesas y las sillas son las mismas, porque la gente las cargó desde el viejo café hasta el nuevo, como si fuera un entierro, adelante de todo llevaban la cafetera, los más antiguos cafetómanos que hasta ese momento habían llegado!, desde la vieja Parroquia; o sea, desde el Gran Café del Portal de ahora hasta La Parroquia. Bueno, pues toda la

noche, como de velorio, allí en el café. ¡Toda la noche, hasta que no daba la hora en que tenían que desocupar, toda la noche hubo marimbas, hubo tríos, hubo maria-chis, los lecheros y las canillas fueron gratis! Toda la noche hubo cafés y canillas a discreción, y toda la noche los *chincualudos* veracruzanos allí, ¡porque Veracruz es un carnaval todo el tiempo! Entonces, ¡se estuvieron ahí toda la noche, hasta como a las cuatro-cinco de la mañana, que ya tuvieron que desocupar! Entonces cada uno agarró su silla y no sé quién de ellos, de los parroquianos que estaban, agarraron la cafetera como si fuera un féretro ¡y se la llevaron desde ahí hasta el café nuevo!

Según Francisco Villagómez, los clientes habituales procedieron a llevarse un juego de café (plato, taza y cuchara) de recuerdo ante la tolerancia de los dueños, un acto en el que se entrelazaba la conciencia de participar en un hecho histórico, la fijación de un fragmento de memoria local a través de esos objetos convertidos en “recuerdos” y el atesoramiento de dichos objetos como si fueran “reliquias”, expresión de creencias —sociales y religiosas— inscritas y dramatizadas en ese espacio del café.

En los discursos nativos sobre el café de La Parroquia, se enfatiza la religiosidad “popular”, la devoción y el ritualismo con los que arriban los clientes a este local, y en la experiencia cargada de sentido —¿religioso?, ¿carnavalesco?— que supone conversar, tomar el café y convivir con otros individuos en la atmósfera sacra y profana, según se interese resaltar, del establecimiento. Dos fragmentos, uno de un historiador veracruzano y el otro de una crónica humorística (con su taxonomía de parroquianos en latín), coinciden en este perfil ritualista e incluso eclesial (si bien rozándose la parodia) de la vivencia de acudir a La Parroquia:

Aun así es una institución que los porteños, celosos de sus espacios de tertulia, no han dejado en manos de los fueños. Sin perder su carácter hospitalario, el café les pertenece, por lo que asisten religiosamente en sus horarios habituales a sostener la ritual sesión de charla parroquial.²³

Para acabar pronto, aquí se paladea el mejor café del mundo y planetas circunvecinos. Respaldan mi dicho dos variedades de asiduos parroquianos: el *Homo cafetómanus sedentárium*, prototipo jarocho del nalgadura, buen discutidor, capaz de soportar horas enteras las rituales sesiones de charla parroquial mientras tenga un *Dictamen*

²³ GARCÍA DÍAZ, 1993b, p. 63.

a la mano; y el *Homo café politikus veracruzanae*, sublimación provinciana del *Zoon politikón*, desfacedor de alcaldes y componedor de entuertos tras una mula de seises, dispuesto a ejercer su derecho de picaporte hasta en el mingitorio. Los demás, simples cofrades, sólo acudimos respetuosamente a esta capilla donde se expone el santísimo cafeto, ávidos de oír un *concerto grosso* para cucharas metálicas y vasos de cristal bien temperado. ¿Blasfemia? ¡Qué va! Los cucharazos sobre el vidrio son como las llamadas a misa. Inocentes mentaditas al mesero para que acuda a colmarnos la taza con su exquisito menjurje blanquinegro.²⁴

La idea, y la experiencia, de peregrinación/romería se vincula de modo complejo y vario a este café. No sólo se han señalado los aspectos rituales y devocionales que para los “parroquianos” tiene ir a disfrutar del ambiente del café, sino también a su presencia durante el remedo emotivo y “carnavalizado” de procesión que se organizó con motivo del cambio de ubicación del café, condensado en la comitiva (religiosa, fúnebre, festiva y musical) de acompañamiento a una de las viejas cafeteras turinesas. Pero este traslado va aparejado de una variación de hábitos, de una peregrinación fragmentada que la mayoría de los veracruzanos “viejos” asiduos a este café, tras algunos titubeos y ensayos, realizaron hacia un espacio físico y ritual extraño, ya no situado frente a la catedral, junto al Ayuntamiento y otros edificios e instituciones “centrales”, ni teniendo a la vista Los Portales de Lerdo. Mudanza a una localización que, a pesar de estar a unos 400 metros de la original, es experimentada y percibida como excéntrica, a trasmano y lejana, quizás por estar ubicada “extramuros”, fuera del perímetro de la muralla que circundaba la ciudad hasta fines del siglo XIX. El traslado supuso un cambio del intramuros al extramuros del principal escenario expresivo de la mitología social veracruzana “de café” en el Puerto.

BIBLIOGRAFÍA

ANÓNIMO

s. f *Memorias*, Veracruz, ms.

BELTRÁN, Alberto y Enrique RIVAS PANIAGUA

1991 *Jarocho puerto*, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.

²⁴ BELTRÁN Y RIVAS, 1991.

- BIART, Lucien
1959 *La tierra templada: escenas de la vida mexicana, 1846-1855*, trad. del francés por Pedro Vázquez Cisneros, Editorial Jus, México.
- CÓRDOVA SANTAMARÍA, Martha Susana
2002 “Café y sociedad en Huatusco. La cultura cafetalera en una región veracruzana, 1900-1930”, tesis de Maestría en Historia de México, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina
2000 *Los cafés en México en el siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- FLORES MARTOS, Juan Antonio
1996 “Una mitología urbana: las historias de ‘locos’ y ‘personajes’ en Veracruz”, *La Palabra y el Hombre*, junio-septiembre, núm. 99, pp. 133-148.
2004 *Portales de múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz*, Universidad Veracruzana, Xalapa.
2009 “El gusto en los cuerpos veracruzanos: retóricas y prácticas culinarias y sexuales”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, enero-junio, vol. LXIV, núm. 1, pp. 133-166.
- GARCÍA DE BENAGLIO, Martha
1987 “Portales y Gran Café de la Parroquia”, manuscrito.
1994 “Gran Café de la Parroquia: La despedida”, manuscrito.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio
2011 *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GARCÍA DÍAZ, Bernardo
1993a *Puerto de Veracruz*, col. Veracruz: imágenes de su historia, núm. 8, Archivo General del Estado de Veracruz, Xalapa.
1993b “Gran Café de la Parroquia”, en *El Estado de Veracruz*, Azabache, México, p. 69.
- LORENZO CAMACHO, Bernardo “Nayo”
1994 *Las Mentiras de los Jarochos*, s. ed., Veracruz.
- MANCISIDOR ORTIZ, Anselmo
1971 *Jarochilandia*, Talleres Gráficos de la Nación, México.
- Nomenclator*
1884 *Nomenclator Comercial, Agrícola, Industrial, Artes y Oficios y Directorio General para 1884-1885 de la República de México, Isla de Cuba y principal comercio de Nueva York*, Segunda Serie, Centro Editorial de Obras Ilustradas de Molinas y Juli.
- PÉREZTEJADA, Juan Joaquín
1993 *Los refranes del jaranero*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo

1996 “Expresión y colorido de la cultura popular en el Puerto de Veracruz, siglos XIX y XX”, en Alejandro de Antuñano (ed.), *Veracruz, primer puerto del continente*, Veracruz, ICA/Fundación Miguel Alemán, pp. 187-217.

RAVELO, Ricardo

1994 “Fundado en 1824, fue cerrado el Café ‘La Parroquia’ que visitaron todos los presidentes, desde Benito Juárez”, *Proceso*, núm. 944.